

¿“HISTORIA” DE LA NATURALEZA VERSUS “NATURALEZA” DE LA HISTORIA?

Summary: *“History” of Nature versus “Nature” of history? According to the predominant manner of thinking for millenniums, the notion of the “history of nature” is contradictory because people talk about “Nature” or character of history as purely human event, making the union of the natural process and impossible human development. On the contrary both are opposed in a strong opposition. Before of this concept, we don’t consider an adversion, in the same level, of nature or history, based on the ontological diversity of human nature, because this fighting means an anthropomorphic perspective. Notwithstanding, I consider that “versus” has no place, by different reasons of the predominant manner of thinking, whos carrying me to conclusionof, if the human versus nature oposition’s concept yields, it will can think in the Universe process as a natural history type less anthropomorphic and an history character less anthropocentric.*

Resumen: *¿“Historia” de la Naturaleza versus “naturaleza” de la historia? Según el modo de pensar predominante desde hace milenios, la noción de “historia de la Naturaleza” es contradictoria, porque se ha de hablar de “naturaleza” o carácter de la historia como acontecer puramente humano, que imposibilita la unión del devenir natural y el transcurso de la humanidad; por el contrario, ambos se adversan en una fuerte oposición. Ante esta concepción, ni siquiera es adecuado pensar en una adversión, en planos iguales, de Naturaleza e historia, a raíz de la “naturaleza” ontológicamente diversa del hombre, porque este combate significa una perspectiva antropomórfica. Sin*

embargo, considero que el “versus” no cabe, mas por razones distintas al modo de pensar predominante, que me conducen a la conclusión de que, si cede el concepto de la oposición hombre versus naturaleza, se podrá pensar en el devenir del Universo como una especie de historia natural menos antropomórfica y un carácter de la historia menos antropocéntrico.

El asunto de las relaciones del hombre con su historia y con la Naturaleza se ha planteado tan estrechamente que nos advierte muy bien nuestras limitaciones al respecto, a pesar de la gran profundidad que el pensamiento contemporáneo alcanza con Hegel en la primera mitad del siglo pasado, porque las novedades del presente distan mucho de haber logrado un concepto verdadero de nuestro acontecer real, que sobrepasa notablemente las intuiciones de los inicios de la Edad Contemporánea. Así, todavía se suele concebir a la Naturaleza como si ésta fuera un ser inerte, extraño a la humanidad, carente de conciencia y responsabilidad, ajena al bien y al mal. Pero ya es un antropomorfismo voluminoso la idea de la Naturaleza como “ser”, y sigue siendo una inversión antropomórfica considerar este “ser” como inconsciente, amoral, inerte, contrario al hombre. Todo ello, no por opuesto a las características reconocidas de los hombres, deja de ser humano. Ha bastado con negar al todo lo que se ha reconocido propio de la parte, pero se ha separado a la parte del todo, invirtiéndolo y extrañándolo. De donde procede el antropocéntrico endiosamiento de los hombres que se consideran totalmente distintos a lo demás. No se diga ya

criatura “hija del cielo”, que lo era cuando los cielos se consideraban divinos. Hoy sabemos que los cielos y la tierra se confunden en un mismo Universo, que los procesos naturales son uno y lo que acontece allá no es esencialmente diferente a lo que ocurre aquí, ni siquiera la manifestación de la conciencia humana —que posiblemente también acontezca allá—.

Con todo y haber reconocido la general tesitura de lo orgánico e inorgánico, seguimos diferenciándonos de la Naturaleza y concibiéndola antropomórficamente, como una especie de ser humano degradado —inconsciente, inanimado, neutro— y que, por otro lado, es un ser superior —infinito, eterno, indestructible en cuanto totalidad—. Se trata, pues, de un antropomorfismo paradójico, que es lo usual. Esta gran paradoja permite descargar a la Naturaleza del bien y del mal, de la conciencia y de casi todas las otras cualidades, valores y anti-valores propios de los hombres. Pero de aquí proviene la creencia de que si el hombre es fuerte, es él quien es fuerte, sea por su inteligencia o por su fuerza física, y no es la Naturaleza quien se expresa en la fortaleza de su cuerpo o de su espíritu, sino la *historia* de su cuerpo y de su espíritu quien se manifiesta. Y esta concepción antropocéntrica recruce mediante la oposición tajante de historia y Naturaleza, envueltas en una contrariedad irreconciliable, como la que se dio antiguamente en las doctrinas órfico—pitagóricas de la separación de alma y cuerpo, y que ganaron fuerza con el helenismo. El cristianismo se perjudicó grandemente adoptando estas ideas y conduciéndolas hasta el ascetismo, que no es bueno para el cuerpo ni el espíritu y que no se encuentra en el Evangelio.

La independencia del hombre respecto de la Naturaleza que se creyó establecer por el dominio de aquél sobre ésta, no es más que una ilusión pragmática. El hombre no ha dominado a ninguna Naturaleza y mucho menos a la Naturaleza presente en él. Conoce algunos procesos naturales, se ha elevado a principios a partir de la experiencia concreta y ha regresado con un arsenal matemático que le permite el empleo de una poderosa herramienta teórica y práctica, con que interviene en los procesos y los lleva por cauces que sirven a sus intereses específicos, pero esta transformación del poder humano no subyuga a la Naturaleza, sino a la “naturaleza” del hombre. El hecho de que esta “naturaleza” es, esencialmente, histórica, la hace menos asible pero más destructible. El hombre se ha creído amo de la Naturaleza, mas el ser humano real y verdadero sabe que no es dueño de nada ni de nadie

y que esencialmente él es contrario a cualquier concepción mercantilista y metalizada.

La “naturaleza” que se domina, se explota, se transforma y se destruye es la propia del hombre, —ciertamente no a la Naturaleza presente en el hombre—, la naturaleza que surge de los poderes creadores exclusivos de la libertad humana. En cambio, los procesos de la Naturaleza presentes en el hombre permanecen tan fuera del radio de esta acción como la más lejana de las galaxias, de modo que el hombre puede instrumentalizar estos procesos, pero no los modifica en absoluto. Esto no significa ningún “imperio” de la Naturaleza sobre el hombre —sólo el hombre ha creado imperios—, sino la naturalidad de un proceso universal y concreto que se cumple en la parte como en el todo —esta es la tesis básica de la teoría de la relatividad.

Así, lo que corresponde al mundo material es la naturalidad, sin referencia alguna a la “inocencia”, la “inconsciencia”, la “inanimidad”, la “amoralidad”. La Naturaleza no es un ser, no es inhumana, no es antihumana, no es “lo otro”, no es una cosa, no es ninguna propiedad ni dominio alguno. La Naturaleza es la tierra y el cielo, el grano de arena y el sol, la partícula inestable y los potentes agujeros negros, los colores del iris y las criaturas del bosque —entre ellas el hombre. Es forma, contenido, presencia, sustancia, vida y posibilidad de todo. Es como los suelos del bosque, que permiten el enraizamiento de seres que son el bosque mismo, y sus senderos el desplazamiento de otros seres que también son el bosque.

El hombre que separa a la Naturaleza de sí, no ha hecho más que enredarse antropomórficamente en su creación práctica y teórica, agregando males a la crueldad que se ha dispensado a manos llenas. El hombre es responsable de todo lo que se ha hecho a sí mismo y de lo que ha de hacerse. Vive intentando recuperarse sin lograrlo; cree ser consciente, cuando no cesa de atentar contra sus sentimientos y sus razones; no comprende nada de lo que le atañe más íntimamente y, aunque sabe muchas cosas, no sabe lo que sabe y mucho menos ha aprendido a saber lo que no sabe. No sabe qué es saber. No ejerce ningún dominio sobre su propia historia ni personal ni socialmente. No lo ha querido, no ha sabido quererlo y esta es la cuestión, porque en la esencia del saber y del poder se manifiesta la mayor virtud, que consiste en la unión de las máximas realizaciones: el bien, la libertad, la justicia, la paz, sin las cuales difícilmente se pasa de la hombría a la humanidad.

Hay una paradoja mayor y más temible: el hecho de que el hombre no se reconozca en sus obras. Incluso en tiempos recientes ha creído que la esclavitud se daba “por naturaleza” —expresión que desde la antigüedad tuvo una fuerza sagrada— y que, por tanto, la sociedad debía regularla. Pero esto es sólo un ejemplo de las leyes al servicio de los errores humanos. La consagración de las leyes no las salva de su imperfección: únicamente las resguarda el trabajo continuo de perfeccionamiento, que implica la aceptación racional de la disidencia. Esto lo observó muy bien Sócrates, quien por encima de las leyes situaba las posibilidades del buen legislador. El hombre se reconoce en sus obras cuando comprende la fragilidad que les corresponde esencialmente: su carácter transitorio, por muy duraderas y potentes que parezcan. Esta comprensión permite ayudar al progreso del bien, porque implica un retroceso de la fuerza y un adelanto de la razón y los sentimientos humanos.

Que los hombres hayan acomodado sus concepciones y acciones al devenir de la Naturaleza no implica que éste obedezca las razones ni la voluntad de aquéllos. A veces, la matemática y este devenir concuerdan, lo cual es una manifestación de la Naturaleza en el hombre y del hombre en la Naturaleza. Los hombres pueden servirse de esta poderosa herramienta hasta la destrucción de la Tierra, lo mismo que podrían usarla para la protección de ella. Mas por mucho que se esforzaran, no podrían destruir al Universo, aunque sí su mundo cercano, la fuente de su vida, en el grado mismo en que la acción destructora deshace el tejido de la red natural sin tocar la esencia de los hilos.

Así, se comprende que, aunque no se haya de atribuir la raíz del mal a la Naturaleza misma, sí la *posibilidad* de la aparición del mal y del bien entre los hombres, seres históricos-naturales. Por esto, diferenciamos entre los males y los bienes naturales, las catástrofes y las glorias. Se dirá que no es malo un terremoto para la Naturaleza, que no sabe de él. Pero esto significa excluir de la Naturaleza a la vida que se destruye, no tomar en cuenta a las partes en relación con el todo, a lo

múltiple en relación con lo uno y viceversa. Yo pienso, al respecto, que la Naturaleza se afecta a sí misma en los fenómenos naturales que consideramos destructivos y constructivos, y que debemos comprender que, en cuanto partes, nos afectamos absolutamente.

El fundamento del bien y del mal se encuentra en la Naturaleza, tal vez no propiamente como bien y mal humanos, pero sí bajo formas primigenias opuestas que envuelven hasta el desarrollo de la propia vida, el tejido sutil y complejo de las más finas estructuras naturales. Se diría que esto nos condena a una perenne oposición del bien y del mal, semejante a la eterna lucha de los “fuertes” y los “débiles” de la metafísica nietzscheana, o de los contrarios maniqueos, aun bajo la indefinición de las formas primigenias *promotorales*. Estos extremos metafísicos, que conceptúan la “historia” de la Naturaleza tan antropomórficamente, se producen por concebir a la vez la “naturaleza” del hombre tan antropocéntricamente. Pero no es nada ilógico pensar que perviva, en la infinitud de los procesos naturales y los histórico-sociales generados en ellos, la oposición indiferenciada —en la Naturaleza— de las formas protomorales del mal y el bien. Tampoco es ilógico reflexionar en que, una vez producida real y concretamente la distinción del bien y del mal —en su manifestación humana, históric-social—, domine uno de ellos alternativamente, en una lucha constante por la prevalencia.

En el Paraíso perdido la ciencia del bien y del mal rezumaba del fruto de un árbol, símbolo de la vinculación del porvenir del hombre con la fecundidad de la tierra. Es necesario vincular de nuevo los procesos del devenir natural a los de la historia humana, si queremos fundar real y verdaderamente una ciencia de nuestras limitaciones y posibilidades.

Fernando A. Leal
Escuela de Filosofía
Universidad de Costa Rica
Costa Rica.